

EL HOMBRE

CONFERENCIA HUMORÍSTICA (1)

No hace mucho tiempo, nuestro gobierno contrató a un eminente naturalista extranjero para que diese entre nosotros una conferencia. Este maestro, que no recuerdo si era filipino o checoslovaco, hizo un estudio biológico, psicológico y sociológico del hombre, llegando a la conclusión de que:

el hombre es un animal.

Después de escuchar la conferencia de aquel sabio importado, yo quedé convencido de que, en efecto, *el hombre es un animal.*

Daré por sentada esta premisa y me ocuparé en mi conferencia del lugar que corresponde al hombre dentro de la escala zoológica.

Entrar en el terreno de la clasificación, es internarse en la selva de las perplejidades.

—¿Qué clase de animal es el hombre?—Por una parte, presenta caracteres notablemente *sui-generis*. En efecto: el hombre es el único animal que hace versos y el único aficionado a la radiotelefonía. No se observa este fenómeno en los otros seres de la creación.

Pero por otra parte, ofrece grandes semejanzas con el resto de los animales. Hay indicios que justificarían clasificar al hombre entre las *aves*. En efecto: cuando un hombre no tiene un centavo en el bolsillo, se le llama *pato o águila*. El que estafa es un *pájaro de cuenta*, el que se ocupa en hacer pleitear a los demás sacando provecho propio, es un *ave negra*; el cobarde es un *gallina*; el tonto es un *pavo*; el bravo es un *gallito*; el necio que se cree inteligente es un *ganso* y el rematadamente idiota es un *avestruz*. La mujer charlatana es una *cotorra*... etc.

Casi todas las aves vuelan. El hombre también. Cuando un cajero de Banco huye llevándose los caudales, se dice que *remontó el vuelo*.

Las aves se caracterizan por estar provistas de plumaje. Los hombres no tienen plúmas, pero ¿quién puede negar que las hayan tenido

(1) Leída por su autor en la velada del 30 de agosto.

en otros tiempos? Está comprobado que los indígenas americanos tenían plumas, aunque tras largas investigaciones yo he venido a descubrir que eran *postizas*. Además, es muy común oír exclamar: «A fulano lo *desplumaron* en la mesa de pocker» o bien «Zutano anda arrastrando el *ala* a manganita».

En consecuencia: el hombre *tiende a ser ave*. Y esto no es de ahora, sino que viene del tiempo de los Césares: recordad la histórica frase «*Ave César*».

Pero si son muchas las analogías que unen al hombre con las *aves*, no son menores las que lo unen a los *peces*. Veamos: *El pez nada*. El hombre también (de ciertos políticos he oído decir que *nadan entre dos aguas*). Cuando un humano es tonto, se dice de él que es un *pedazo de atún*. Si es viejo y vive aferrado a conocimientos pasados de moda, es una *ostra*; el vivaracho y buscavida es una *trucha*; el que se ha embriagado esta hecho una *merluza*; el flaco es un *bacalao*...

Tirar el *anzuelo* es la expresión de nuestras niñas cuando buscan un candidato al matrimonio. Y cuando lo encuentran, dicen que han *pescado* un novio.

En los matrimonios que cuentan con más de veinte años de antigüedad, es lo usual que la mujer lo llame al marido cariñosamente *besugo*.

Cuando algún asunto inquieta al hombre le oiréis decir:

—Esto me tiene con mala *espina*. O bien:

—Estoy *escamado*.

Y vosotros no ignoráis que tanto las espinas como las escamas, son atributos exclusivos de los peces. Luego: *El hombre es un pez*.

* * *

Mas no es prudente aceptar sin reservas las anteriores conclusiones, porque si bien es exacto que el ser humano puede clasificarse entre las *Aves* y entre los *Peces*, no es menos cierto que presenta semejanzas notables con otros animales.

Así, v. gr.: al hombre que nos hace un gran favor, le decimos: —sos un *tigre*! El ignorante es un *asno*; el que cambia continuamente de modo de pensar es un *camaleón* (en política abundan los *camaleones*); el usurero es un *pulpo*; el ladrón es un *rata*; el bobo es un *camello*; el muy despierto es un *lince* o un *ardilla*; el malagradecido o el traidor es un *chancho*; el pusilánime es un pobre *gato*; el hombre trabajador y honesto que no quiere declararse en huelga, es un *carnero*; el que habla mal de los otros es un *alacrán*.

¿Qué clase de animal, es pues el hombre? Bien os dije, señores,

que entrar en el terreno de la clasificación, es internarse en la selva de las perplejidades!...

Me diréis vosotros que el hombre se diferencia de los otros seres, porque es bípedo. Y yo os respondo que la verticalidad humana es una simple cuestión de aprendizaje. El *perro*, el *gato*, el *caballo* amaestrados también andan en dos patas. Me replicaréis que estos son cuadrúpedos amaestrados a fuerza de golpes. El hombre, en la infancia, también es *cuadrúpedo* y tiene también que soportar sus buenos golpes antes de llegar a la verticalidad del *bípedo*... Conviene dejar constancia de que en algunos casos el hombre anda en dos pies porque Dios es bueno, infinitamente bueno!...

El hombre es *mamífero* o *herbívoro*? Es *mamífero* cuando niño, *carnívoro* cuando adulto y *vegetariano* en la vejez.

* * *

Imaginad, señores, las enormes torturas mentales que habrá sufrido el pobre Adán cuando vió al primer niño.

¿Qué *animalejo* será éste?—se habrá preguntado con extrañeza.—*Hombre* no puede ser, porque es muy *chico* y además es *pelado*; no camina, no habla ni tiene dientes!...

Dice un historiador que ante esta duda, trató de clasificar a ese animalucho, y tomando delicadamente por los pies al niño, lo arrojó al aire para ver si *volaba*... Pero he aquí que la criatura volvió a caer a tierra, lanzando un chillido que molestó a Adán. Entonces éste lo arrojó a una laguna, para ver si *nadaba*, mas viendo que se iba a fondo, lo sacó. ¡Menos mal que no se le ocurrió enterrarlo para ver si era gusano!...

Si en aquel momento alguien le hubiera dicho:

—Vea usted, señor Adán, que esto después crece y se hace hombre!—él se hubiera echado a reír hasta quebrarse!...

* * *

¿Cuál es el origen del hombre?—¿Desciende del *mono*? Hay pruebas de que sí. Cuando una mamá habla de su hija y quiere daros a entender que es un dechado de belleza, os dirá, por ejemplo: «Mi Gertrudis está muy *mona*»... Y si os habla en son de elogio, de su hijo mayor, os dirá: «Mi Alarico es una *monada*»... Esto significa que a través de los siglos, el hombre conserva un cariño ancestral hacia el *mono*.

* * *

El hombre no sólo es un animal, sino que se vanagloria de serlo.— Este deseo de reconocer su animalidad lo vemos más claramente en los hombres públicos. En nuestra tierra los hombres públicos se dividen en dos clases: *políticos* y *boxeadores*. Los boxeadores se dan entre sí nombres deliciosamente zoológicos: el más conocido es el *toro salvaje de las pampas*. . . Los políticos no les van en zaga: *El zorro*, el *gato amarillo* y el *peludo*, son nombres que pasarán a la Historia. . .

* * *

En la expresión de las emociones, hay también similitud entre el hombre y los demás animales. Así, por ejemplo, la alegría se manifiesta siempre en forma ruidosa. En efecto: ¿qué hace un *perro* cuando ve a su amo que le trae de comer? *Salta y ladra* y mueve la *cola*. . . Ahora bien: llamad a un hombre cualquiera y dadle una alegría muy intensa: decidle por ejemplo que se ha prorrogado la ley de alquileres. . . Y veréis como ese hombre *salta y grita* y no mueve la *cola* porque no la tiene, pero si la tuviera la movería! . . .

* * *

El hombre es un *animal* poco egoísta y en muchos casos se solidariza más con los otros animales de la escala zoológica que con sus propios semejantes. Yo he presenciado este espectáculo realmente enternecedor: Es un día lluvioso. Las calles más parecen pistas de patinaje que arterias de una urbe decentita. El *caballo* de un carrito de lechero resbala y cae. Varios transeuntes corren hacia el cuadrúpedo, le desatan los correaes y le ayudan a levantarse. Vuelven a atarlo, el conductor vuelve a tomar las riendas y se aleja, se aleja erguido, radiante, al son de cascabeles. . . Diríase un moderno *Radamés* guiando su cuadriga por la calle Chacabuco! . . .

Pero en seguida ocurre que un señor *obeso* da un traspiés y cae. Los mismos que antes levantaron al *caballo*, prorrumpen ahora en una carcajada ruidosa, larga, sofocante: una carcajada como la que lanza el bajo en el segundo acto de Mefistófeles! . . .

Uno que está a mi lado, ahogándose de risa, me dice:

—¿Ha visto? ¡Se cayó el gordo! . . .

* * *

El *hambre* y el *amor* son las dos fuerzas de la dinámica humana. Dios ha dotado también al hombre de inteligencia, en algunos casos. El hambre reside en el *estómago*, el amor en el *corazón* y la inteli-

gencia en la *cabeza*. Pero se dan casos en que todo esto se halla reunido en el *estómago* (hay hombres que piensan y sienten con él).

También son frecuentes los casos en que el individuo soporta sobre sus hombros el peso de la *cabeza*, al exclusivo objeto de cumplir con la moda que nos impone el uso del *sombrero*.

De estas tres fuerzas: *hambre*, *inteligencia* y *amor*, la más importante es el *hambre*. El humano es el ser más comilón. En efecto: preguntad a un novio qué tal es su novia, y os dirá: «*Es un bombón, un budín, una papa!...*» Si un hombre se pelea con otro, le dirá:

—Le voy a dar un *bife*; o: Le voy a pegar un *bollo*; o: Se va usted a recibir una *torta!...*

Cuando un padre reta a su hijo, se dice que le da un *café*. Cuando a uno lo dejan cesante del empleo, le dicen que le han colgado la *galleta*, y al que le ponen un cero en el examen, le han obsequiado con un *huevo*.

Como véis, el hombre es un animal que vive con la preocupación de reducirlo todo a cosas de comer. Hasta las cuestiones sentimentales, pasan a la esfera de lo *gastronómico*. Esto tiene su explicación anatómica: cuando Dios hizo al hombre, le puso el *estómago* pegadito al *corazón*...

* * *

Muchos tratadistas sostienen que el hombre progresa intelectualmente al par que los demás seres de la zoología permanecen en estado salvaje. Esto del progreso humano es absolutamente falso. Y voy a demostrarlo.

En 1492, *Colón*, con tres carabelas que navegaban a duras penas, descubrió un nuevo continente que abarca de polo a polo. Hoy el hombre cuenta con los *drenoch*, *superdrenoch* y *submarinos*... y no descubre nada, absolutamente nada...

Lo que no puedo negar es que el hombre ejerce predominio sobre el resto de los animales. Ha llegado a domesticar a los más salvajes: utiliza a los *elefantes* para transportar troncos de árboles, los *caballos* para pasearse en coche, y los *camellos* para cruzar los desiertos. El único animalito que el hombre no ha podido dominar, es la *mujer!...*

OSCAR R. BELTRÁN.